

PAPIRO

Día 4

La Capilla

Valle de los Reyes – Egipto.

Tras un día de tormenta, la calma finalmente llegaba... pero no para Abdul. Caminaba en círculos dentro del refugio, inquieto, con el ceño fruncido y la respiración entrecortada. Tosió levemente y, tras un instante de vacilación, se acercó a Nafir. La espera había endurecido su rostro y quebrado su temple, pero la búsqueda era más importante que cualquier duda. Venciendo su reticencia, finalmente se atrevió a hablar.

—Doctor, necesito confesarle algo.

—Después, estoy revisando algunos jeroglíficos —dijo Nafir, sin levantar la vista.

—El dromedario se llevó... los fragmentos... y... yo.

—¿Qué dices? —lo interrumpió Nafir, mirando hacia la entrada y señalando al dromedario que, quizá en busca de agua, emergía a la distancia, entre las rocas, donde se había refugiado. Avanzaba con paso lento, su sombra se alargaba sobre la arena, como si respondiera a un llamado invisible.

Abdul no esperó más; abrió la puerta y salió a su encuentro. Con manos temblorosas, vació las alforjas, colocadas a ambos lados de la montura, buscando desesperadamente los fragmentos. Solo encontró arena deslizándose entre sus dedos. El peso del fracaso lo golpeó con violencia, gritando un “¡no!” que, a falta de eco, se ahogó en su garganta.

Cabizbajo, regresó al refugio y enfrentó a Nafir con voz quebrada:

—Eso es lo que intentaba decirle... el dromedario se llevó partes del papiro, pero ya no importa. Se han perdido para siempre... deshaciéndose en la arena, como si nunca hubieran existido.

Su congoja le hacía tartamudear:

—Yo... soy el único... culpable... pero... juro que...

—Te refieres a estos —lo interrumpió Nafir, mostrando unas láminas de cristal con los pequeños fragmentos dentro.

—¿Son los mismos? —preguntó Abdul, sorprendido.

—Sí, Abdul.

—Pero los escondí y... vi cuando...

—Sí, me di cuenta. Pero yo, en cuanto se marcharon los supervisores, los tomé. No iba a arriesgarlos. Recuerda: mi vida depende de ellos.

Abdul asintió, pero quiso aclarar su temor en forma de disculpa.

—Al ver que el dromedario se marchaba, pensé que... la tormenta lo cubriría —balbució.

—Era muy poco probable que una tormenta de solo un día lo enterrara por completo. Por eso el dromedario se marchó; su instinto lo llevó a buscar una zona menos expuesta al viento, donde la arena no se acumulaba tanto —dijo Nafir.

Abdul casi lo abraza. Su malestar se había desvanecido. Escucharlo le devolvió la confianza. Un poco más animado, preguntó:

—¿Y qué tanto revisa, doctor?

—Ven, acompáñame —dijo Nafir, alzando la lámpara a base de velas.

El alivio fue inmediato, pero la emoción no duró mucho. Lo que importaba ahora era continuar.

Los trabajadores, dentro de la tumba, habían avanzado limpiando todo cuanto podían, removiendo tierra y pequeñas rocas del pasadizo de casi veinte metros que llevaba a la capilla mortuoria, donde se dejaban ofrendas y se realizaban los ritos de paso al más allá. Allí, cada símbolo tenía un propósito y cada inscripción guardaba un secreto milenario. Emocionados, ambos se dirigieron hacia ella.

El polvo, aún suspendido en el aire tras horas de trabajo, danzaba bajo la tenue luz de las lámparas, mientras los jeroglíficos, como guardianes inmóviles, parecían observar a los intrusos con ojos milenarios hasta que, emocionado, Abdul llamó a Nafir:

—¡Doctor, doctor, vea esto!

Las paredes, de poco más de dos metros de altura, exhibían hermosas imágenes completamente decoradas. Nafir contempló lo que era un verdadero tesoro para cualquier arqueólogo: escenas en relieve, con vistosos colores, algunas ofrendas y rituales religiosos. Comenzó a leer cuidadosamente la parte más visible, a pesar de que la inscripción estaba dañada por el paso del tiempo.

“Una ofrenda que da el Rey a Osiris, señor de Djedu, gran dios, señor de Abidos...”



Así iniciaba la fórmula de ofrendas que los antiguos egipcios recitaban a los dioses para que los salvaguardaran en su paso al más allá. En estas capillas se pronunciaban plegarias en favor del difunto.

—Justo de Voz —murmuró Nafir, después de decir: *Maa Kheru*, su equivalente en jeroglíficos.

—¿Y eso? ¿Se refiere a los Justos... como en la Biblia? —preguntó Abdul.

—Sí, pero miles de años antes —aclaró Nafir al ver que Abdul ponía cara de incrédulo—. Es la expresión que los antiguos egipcios recitaban al final de su plegaria a los muertos para ayudarles a pasar por el Juicio de Osiris y ser aceptados en los Campos de Iaru, su equivalente al paraíso.

Abdul seguía sin entender. ¿Cómo era posible? ¿Acaso los cristianos lo habían adaptado? Por un momento quiso preguntar más, pero al ver que Nafir seguía absorto, examinando los jeroglíficos, se contuvo. La duda lo carcomía, llenando su mente de preguntas sin respuesta. Era absurdo... o eso quería creer. Pero si los egipcios lo habían usado primero, ¿qué significaba eso para las creencias que él conocía? En lugar de claridad, sintió una punzada de inquietud.

El silencio entre ambos se prolongó, apenas roto por la respiración contenida de Nafir.

—Esto es más hermoso de lo que imaginé —murmuró finalmente, extasiado, mientras pasaba las yemas de los dedos por la piedra.

Abdul lo miró de reojo. Aquel brillo en sus ojos le resultaba inquietante.

En otra de las paredes, una inscripción captó la atención de Nafir. Le resultaba extrañamente familiar, aunque no podía precisar por qué. No era una plegaria ni una invocación a los dioses, sino algo completamente distinto.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

El aire se volvió pesado en su garganta...

Se sobresaltó al reconocer una palabra grabada en jeroglíficos: "Sermy".

El corazón le latió con fuerza. Sus dedos temblaban ligeramente al seguir las líneas del relieve, como si tocaran el eco de un pasado inalcanzable. Esto lo motivó aún más, y su cansancio, antes evidente, desapareció como por magia. Parecía poseído y renovado. Siguió leyendo: "confieso".

Ya no pudo contenerse y exclamó:

—¡Sí, esto está escrito en los fragmentos!

Abdul se acercó y, al escucharlo, preguntó:

—¿Es lo mismo?

Nafir volteó a verlo y respondió:

—No lo sé. Necesito leerlo todo.

—Demos gracias a la tormenta de arena —dijo Abdul, entusiasmado.

Nafir se extrañó con el comentario y movió la cabeza en señal de desacuerdo. La sonrisa de Abdul desapareció. Bajó la mirada, inquieto, como si se hubiera arrepentido de invocar al desastre. No dijo nada más. Nafir vio que Abdul se compungía y trató de animarlo diciendo:

—No hay mal que por bien no venga.

—¿No cree en el destino? —preguntó Abdul, inquieto por la negativa recibida.

—Creo en la razón y sus juicios —respondió Nafir sin dejar de ver la pared.

Abdul optó por retirarse discretamente. Conocía a su jefe y prefirió no debatir sobre creencias.

Nafir siguió leyendo los jeroglíficos de las paredes y comenzó a comparar cada palabra con los fragmentos que tenía del papiro. Necesitaba comprobar la correspondencia entre ambos. Si descubría que eran iguales, podría deducir que el resto de las palabras escritas en la pared pertenecían a los fragmentos que él aún no poseía.

El optimismo lo invadió. Si lograba corroborar esta idea, tendría el texto completo de los fragmentos en la pared y podría continuar su investigación del Papiro Ebers.

Había mucho por hacer esa tarde. Aunque los trabajadores continuaban limpiando el lugar, Nafir los detuvo y les solicitó discreción. La mala experiencia con el supervisor del Servicio de Antigüedades le había enseñado a no entregar con facilidad los tesoros que descubría.

Aunque parecía improbable que el contenido de los fragmentos estuviera plasmado en las paredes de la capilla, Nafir se decía a sí mismo: "Nunca hay que perder la esperanza", mientras veía que el dromedario se acercaba a la entrada.

—Doctor, me quedé pensando —dijo Abdul, interrumpiéndolo, conforme salían de la tumba.

—¿En qué, Abdul? —respondió Nafir.

—¿Y si el Papiro Sermy está completo, pero no aquí? Quizás no se perdió, sino que alguien lo escondió a propósito.

Nafir giró lentamente hacia Abdul, como si su asistente hubiera tocado un pensamiento que él mismo temía explorar.

—Eso significaría que alguien no quería que los fragmentos fueran encontrados juntos —murmuró Nafir, más para sí mismo que para Abdul.

El dromedario, como si aprobara la reflexión, volvió a acercarse y lo empujó suavemente con el hocico. Nafir respiró hondo, cerrando por un instante los ojos.

—No especules, Abdul —dijo finalmente, con la voz cargada de una firmeza que intentaba ocultar el peso de sus propias dudas, y por primera vez le devolvió la mirada al dromedario. Quizás no era solo un animal perdido... tal vez estaba marcando el camino hacia lo desconocido.

Abdul asintió, pero su mente seguía enredada en otra inquietud. Mientras caminaban en silencio, sintió que algo dentro de él se resquebrajaba. No era solo el misterio del papiro lo que lo atormentaba, sino la verdad que, poco a poco, iba mostrándose frente a sus ojos.

No podía apartar de su mente la idea de los Justos. ¿Cómo era posible que, miles de años antes de Cristo, ya existiera un Juicio Final en el que los muertos respondían por sus actos? Pero lo que más lo inquietaba era descubrir que el cielo, la recompensa de los Justos, no era otra cosa que la vida eterna.

Eran demasiadas coincidencias. Y apenas comenzaba la exploración. La resurrección de los muertos podía aceptarla, aunque con cierto recelo. Pero, ¿un Dios resucitado?

Sus miradas se cruzaron. Abdul, con el ceño fruncido, buscó en los ojos de Nafir una explicación, algo que le permitiera conciliar lo que acababa de descubrir con lo que siempre había creído.

Nafir movió la cabeza de arriba a abajo, afirmando, sin decir nada. Un silencio denso se apoderó del lugar. Abdul sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Y entonces, su jefe pronunció la frase que lo cambiaría todo:

—El dios Osiris murió y resucitó... miles de años antes de que Cristo hiciera lo mismo.

Abdul se llevó ambas manos a la cabeza, preguntándose: "¿Eran solo coincidencias o verdades no reveladas? ¿Y dónde estaba la evidencia?".

Nafir vio que Abdul dudaba y citó un pasaje fundamental de la mitología egipcia: los Textos de los Sarcófagos (c. 2100-2000 a.C.):

"Tú, Osiris, que fuiste desmembrado y vuelto a unir, que fuiste asesinado y volviste a la vida, concédeme la entrada a la eternidad".

Abdul simplemente movió la cabeza a ambos lados, negando. Esto... esto iba más allá de su comprensión. No se ajustaba a sus enseñanzas. "Algo debe estar mal", pensó.

Para Nafir, que no tenía dudas, lo importante era haber tomado la delantera a las otras expediciones. Además de poseer algunos fragmentos, había explorado la capilla mortuoria. Pero eso podía cambiar.

Un rival no contemplado, un anticuario con dinero de sobra, ya había puesto sus ojos en el papiro.

Desde Shanghái, la distancia entre ellos se acortaba.

Pronto, Nafir descubriría que la Iglesia no era su único competidor en la carrera contra el tiempo que amenazaba su vida. Alguien más lo acechaba.

Shanghái Club

Shanghái – China.

¡Pum! El golpe de Malenty Orso resonó en la habitación cuando su puño impactó contra el escritorio, hecho con las maderas más caras del mundo: secuoya, marfil rojo y palo de rosa africano.

Un silencio de tres segundos permitió escuchar el giro de las aspas del reluciente ventilador eléctrico importado de Japón. Malenty alzó la vista para mirarlo, pero no se distrajo. La noticia lo había impactado y, furioso, volvió a descargar su puño sobre la superficie recién pulida.

Esta vez, la madera crujió bajo la fuerza del impacto. Aunque él no se inmutó, el periódico que estaba leyendo cayó al suelo por efecto del golpe. En la primera plana se mostraba la fotografía de Charles Schoreg, su antiguo socio y representante en Londres.

En la parte superior de la fotografía, en letras mayúsculas, destacaba el titular: "FAMOSO CURADOR DE ARTE ANTIGUO FUE ATROPELLADO". Malenty, con gesto agrio, pisó el periódico y, señalando la imagen con su dedo índice, gritó:

—¡Me fallaste! ¡Te lo advertí!

A Malenty se le consideraba un gran comerciante de arte. Era famoso por coleccionar y vender obras de gran belleza y valor histórico, aunque algunos críticos no veían con buenos ojos que también participaba en el mercado de obras "raras". Ocasionalmente, ofrecía obras únicas de la antigüedad. Se rumoreaba incluso que, más que comerciar, las traficaba con métodos poco ortodoxos.

A pesar de su experiencia y recursos, no había conseguido la obra de arte que más deseaba y por la cual sufría una obsesión enfermiza que lo debilitaba poco a poco desde que se enteró de su posible existencia. Había invertido mucho en su búsqueda y se había convertido en la razón de su vida; si la conseguía, no la vendería. Estaba decidido a tenerla sin importar el dinero. Quería para sí mismo esta obra única de la antigüedad: el Papiro Sermy.

Frustrado y molesto, exclamó: —¡Charles está muerto! —mientras lanzaba con fuerza al suelo los objetos que cubrían su escritorio. Sabía que tendría que volver a empezar casi desde cero. Era inútil lamentarse, pero aun así, perdió momentáneamente el control.

Tras evaluar mentalmente sus alternativas, sacó su pipa decorada con detalles de oro; la estaba encendiendo cuando un mensajero lo interrumpió para entregarle un telegrama de Daryl Lacroix, que decía: "Le informo que salimos de Londres. La alondra ya dejó el nido. El plan está funcionando".

—Daryl es el joven más erudito y ambicioso que conozco —murmuró Malenty mientras rompía el telegrama—. Es tan ambicioso que es capaz de traicionar a su mejor amigo —continuó diciendo.

— No quisiera tenerlo de enemigo —afirmó mientras terminaba de encender su pipa y se sentaba cómodamente en la silla de piel, dispuesto a disfrutar la vista panorámica del anochecer hacia el río Huangpu y el Bund, desde lo alto del Shanghái Club, el más exclusivo de todos; lugar donde residía y realizaba sus negociaciones. Shanghái era un punto clave del comercio mundial, donde se conseguían las mejores obras de arte y los negocios prosperaban. Era el destino predilecto de los adinerados.

Malenty tenía claro que Daryl haría todo lo posible por conseguir el Serm y evitaría que otros arqueólogos lo encontraran primero. Le había encomendado regresar a Shanghái con el papiro o, en caso extremo, destruirlo. Debía impedir que cayera en manos de los museos y gobiernos que patrocinaban y controlaban la mayor parte de las expediciones de búsqueda y excavación.

"Te lo advertí", pensó con un dejo de ironía. El fracaso de Charles ya no le importaba; solo era otra pieza sacrificada en el tablero. Su ambición iba mucho más allá de eso. No se detendría por un peón.

Así llegaba el final de un día normal para Malenty, quien siempre conseguía las obras de arte que deseaba, sin importar el precio ni la forma de lograrlo. Si algo había aprendido en sus años como comerciante de arte, era que los objetos más valiosos no solo poseían una historia; también marcaban el destino de quienes los buscaban.

Sonrió para sus adentros. "Mañana será un gran día", pensó. "¿Por qué no?", se dijo, ufano. Su encargo bien valía cada centavo de lo que había pagado por él.

Después de un rato, apagó su pipa y dejó de admirar los edificios, iluminados con luces de colores que conferían un peculiar encanto al malecón de Shanghái, conocido como el Bund, el principal centro financiero de Asia. Desde lo alto, la ciudad le pertenecía. O al menos, así lo sentía mientras observaba a través del humo su última adquisición: El Caminante, una pintura en la que se identificaba con el protagonista, de espaldas al mundo, contemplando el abismo de lo desconocido. Se veía a sí mismo como un visionario, un hombre que pasaría a la historia al agregar el Serm y a su colección.